

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

(Sale don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.)

DON MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(Salen los dos de casa de don Gregorio.)

D. GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las señas que me das tambien caigo en quien es el sugeto.

(Se aparta un poco de doña Rosa, y vuelve despues.)

D.ª ROSA.

Oh! ¡Favorezca la suerte los ardidés que me inspira un inocente amor!

D. GREGORIO.

¿No dices que has oido que se llama don Enrique?

D.ª ROSA.

Si, don Enrique.

D. GREGORIO.

Pues bien, tranquilízate. Vete adentro y déjame, que yo estaré con ese aturdido y le diré lo que hace al caso.

(Vuelve á apartarse, y se queda pensativo. Entretanto doña Rosa se entra y cierra la puerta. Don Gregorio llama á la de don Enrique.)

D.ª ROSA.

Para una doncella demasiado atrevimiento es este... Pero ¿qué persona de juicio se negará á disculparme, si

considera el injusto rigor que padezco?

D. GREGORIO.

No perdamos tiempo... ¡Ah de casa!... Gente de paz... Ya no me admiro de que el dichoso vecinito se me viniese haciendo tantas reverencias; pero yo le haré ver que su proyecto insensato no le...

ESCENA III.

COSME, DON GREGORIO, DON ENRIQUE.

(Al salir Cosme da un gran tropezon con don Gregorio.)

D. GREGORIO.

¡Que bruto de....

¡No ve V. que modo de salir!... ¡Por poco no me hace desnucar el bárbaro! (Mientras don Gregorio busca y limpia el sombrero que ha caido por el suelo, sale don Enrique, y durante la escena le trata con afectado cumplimiento, lo cual va impacientando progresivamente á don Gregorio.)

D. ENRIQUE.

Caballero, siento mucho que...

D. GREGORIO.

Ah! precisamente es V. el que busco.

D. ENRIQUE.

¿A mí, señor?

D. GREGORIO.

Si por cierto... ¿No se llama V. don Enrique?

D. ENRIQUE.

Para servir á V.

D. GREGORIO.

Para servir á Dios... Pues señor, si V. lo permite, yo tengo que hablarle.

D. ENRIQUE.

¿Será tanta mi felicidad, que pueda complacerle á V. en algo?

D. GREGORIO.

No; al contrario, yo soy el que trato de hacerle á V. un obsequio, y por eso me he tomado la libertad de venir á buscarle.*

D. ENRIQUE.

¿Y V. venia á mi casa con ese intento?

D. GREGORIO.

Si señor.... ¿Y qué hay en eso de particular?

D. ENRIQUE.

¿Pues no quiere V. que me admire, y que envanecido con el honor de que...

D. GREGORIO.

Dejémosos ahora de honores y de envanecimientos... Vamos al caso.

D. ENRIQUE.

Pero tómese V. la molestia de pasar adelante.

D. GREGORIO.

No hay para qué.

D. ENRIQUE.

Si, si, V. me hará este favor.

D. GREGORIO.

No por cierto. Aquí estoy muy bien.

D. ENRIQUE.

Oh! No es cortesía permitir que V...

D. GREGORIO.

Pues yo le digo á V. que no quiero moverme.

D. ENRIQUE.

Será lo que V. guste. Cosme, volando, baja un taburete para el vecino. (Cosme se encamina á la puerta de su casa para buscar el taburete; despues se detiene dudando lo que ha de hacer.)

D. GREGORIO.

Pero si de pie le puedo á V. decir lo que...

D. ENRIQUE.

¿De pie? Oh! no se trate de eso.

D. GREGORIO.

¡Vaya, que el hombre me mortifica en forma!

COSME.

¿Le traigo ó le dejo? ¿Qué he de hacer?

D. GREGORIO.

No le traiga V.

D. ENRIQUE.

Pero seria una desatencion indisculpable...

D. GREGORIO.

Hombre, mas desatencion es no querer oír á quien tiene que hablar con V.

D. ENRIQUE.

Ya oigo.

(Don Enrique hace ademán de ponerse el sombrero; pero al ver que don Gregorio le tiene aun en la mano, queda descubierto, le hace insinuaciones de que se le ponga primero. Don Gregorio se impacienta, y al fin se le ponen los dos.)

D. GREGORIO.

Así me gusta... Por Dios, dejémosos de ceremonias, que ya me... ¿Quiere V. oirme?

D. ENRIQUE.

Si por cierto, con muchísimo gusto.

D. GREGORIO.

Digame V.: ¿sabe V. que yo soy tutor de una jóven muy bien parecida, que vive en aquella casa de las persianas verdes, y se llama doña Rosita?

D. ENRIQUE.

Si señor.

D. GREGORIO.

Pues bien, si V. lo sabe, no hay para qué decirselo... ¿Y sabe V. que siendo muy de mi gusto esta niña, me interesa mucho su persona, aun mas que por el pupillaje, por estar destinada al honor de ser mi muger?

D. ENRIQUE, con sorpresa y sentimiento.

No sabia eso.

D. GREGORIO.

Pues yo se lo digo á V. Y además

le digo, que si V. gusta, no trate de galanteármela y la deje en paz.

D. ENRIQUE.

Quien?... ¿Yo, señor?

D. GREGORIO.

Sí, V. No andemos ahora con disimulos.

D. ENRIQUE.

Pero ¿quien le ha dicho á V. que yo esté enamorado de esa señorita?

D. GREGORIO.

Personas á quienes se puede dar entera fe y crédito.

D. ENRIQUE.

Pero repito que...

D. GREGORIO.

Dale!... Ella misma.

D. ENRIQUE.

Ella?

(*Se admira, y manifiesta particular interés en saber lo restante.*)

D. GREGORIO.

Ella. ¿No le parece á V. que basta? Como es una muchacha muy honrada, y que me quiere bien desde su edad mas tierna, acaba de hacerme relacion de todo lo que pasa. Y me encarga además que le advierta á V. que ha entendido muy bien lo que V. quiere decirle con sus miradas desde que ha dado en la flor de seguirla los pasos; que no ignora sus deseos de V.; pero que esta conducta la ofende, y que es inútil que V. se obstine en manifestarla una pasion tan repugnante al cariño que á mí me profesa.

D. ENRIQUE.

¿Y dice V. que es ella misma la que le ha encargado...

D. GREGORIO.

Sí señor, ella misma, la que me hace venir á darle á V. este consejo saludable, y á decirle que habiendo penetrado desde luego sus intenciones de V., le hubiera dado este aviso

mucho tiempo antes, si hubiese tenido alguna persona de quien fiar tan delicada comision; pero que viéndose ya apurada y sin otro recurso, ha querido valerse de mí para que cuanto antes sepa V. que basta ya de guiñaduras, que su corazon todo es mio, y que si tiene V. un tantico de prudencia, es de esperar que dirigirá sus miras hácia otra parte. A Dios, hasta la vista. No tengo otra cosa que advertir á V.

(*Se aparta de ellos adelantándose hácia el proscenio.*)

D. ENRIQUE.

Y bien, Cosme, ¿qué me dices de esto?

COSME.

Que no le debe dar á V. pesadumbre, que alguna maraña hay oculta; y sobre todo, que no desprecia su obsequio de V. la que le envía ese recado.

D. GREGORIO.

Se ve que le ha hecho efecto.

D. ENRIQUE.

¿Con que tú crees tambien que hay algun artificio?

COSME.

Sí... Pero vamos de aquí, porque está observándonos.

(*Los dos se entran en la casa de don Enrique. Don Gregorio, despues de haberlos observado, se pasea por el teatro.*)

ESCENA IV.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

Anda, pobre hombre, anda, que no esperabas tú semejante visita.... Ya se ve, una niña virtuosa como ella es, con la educacion que ha tenido... Las miradas de un hombre la asustan, y se da por muy ofendida. (*Mientras don Gregorio se pasea y hace*

ademanes de hablar solo, doña Rosa abre su puerta y habla sin haberle visto: él por último se encamina á su casa, y le sorprende hallar á doña Rosa.)

D. ROSA.

Yo me determino. Tal vez en la sorpresa que debe causarle no habrá entendido mi intencion... Oh! es menester, si ha de acabarse esta esclavitud, no dejarle en dudas.

D. GREGORIO.

Vamos á verla y á contarla... Calle! ¿Que estabas aquí?... Ya despaché mi comision.

D. ROSA.

Bien impaciente estaba. ¿Y qué hubo?

D. GREGORIO.

Que ha surtido el efecto deseado, y el hombre queda que no sabe lo que le pasa. Al principio se me hacia el desentendido; pero luego que le aseguré que tú propia me enviabas, se confundió, no acertaba con las palabras, y no me parece que te volverá á molestar.

D. ROSA.

¿Eso dice V.? Pues yo temo que ese bribon nos ha de dar alguna pesadumbre.

D. GREGORIO.

Pero ¿en qué fundas ese temor, hija mia?

D. ROSA.

Apenas habia V. salido, me fuí á la pieza del jardin á tomar un poco el fresco en la ventana, y oí que fuera de la tapia cantaba un chico, y se entretenia en tirar piedras al emparado. Le reñí desde el balcon diciéndole que se fuese de allí, pero él se reia y no dejaba de tirar. Como los cantos llegaban demasiado cerca, quise meterme adentro temerosa de que no me rompiese la cabeza con alguno. Pues cuando iba á cerrar la

ventana, viene uno por el aire que me pasó muy cerca de este hombro, y cayó dentro del cuarto. Pensaba yo que fuese un pedazo de yeso, acércome á cogerle, y.... ¿Qué le parece á V. que era?

D. GREGORIO.

¿Qué sé yo? Algun mendrugo seco, ó algun troncho, ú así...

D. ROSA.

No señor. Era este envoltorio de papel.

(*Saca de la faltriguera un papel envuelto, y segun lo indica el diálogo, le desenvuelve y va enseñándole á don Gregorio la caja y la carta.*)

D. GREGORIO.

Calle!

D. ROSA.

Y dentro esta caja de oro.

D. GREGORIO.

Oiga!

D. ROSA.

Y dentro esta carta dobladita como V. la ve, con su sobrescrito, y su sello de lacre verde, y...

D. GREGORIO.

¡Picardía como ella!... ¿Y el muchacho?

D. ROSA.

El muchacho desapareció al instante... Mire V., el corazon le tengo tan oprimido, que...

D. GREGORIO.

Bien te lo creo.

D. ROSA.

Pero es obligacion mia devolver inmediatamente la caja y la carta á ese diablo de hombre; bien que para esto era menester que alguno se encargase de... Porque atreverme yo á que V. mismo...

D. GREGORIO.

Al contrario, bobilla: de esa ma-

nera me darás una prueba de tu cariño. No sabes tú la fineza que en esto me haces. Yo, yo me encargo de muy buena gana de ser el portador.

D.^a ROSA.

Pues tome V.

(*Le da la caja, la carta y el papel en que estaba todo envuelto. Don Gregorio lee el sobrescrito, y hace ademán de ir á abrir la carta: doña Rosa pone las manos sobre las suyas y le detiene.*)

D. GREGORIO.

A mi señora doña Rosa Jimenez. — Enrique de Cárdenas. ¡Temerario, seductor! Veamos lo que te escribe, y...

D.^a ROSA.

Ay! No por cierto: no la abra V.

D. GREGORIO.

¿Y qué importa?

D.^a ROSA.

¿Quiere V. que él se persuada á que yo he tenido la ligereza de abrirla? Una doncella debe guardarse de leer jamás los billetes que un hombre la envíe; porque la curiosidad que en esto descubre, dará á sospechar que interiormente no la disgusta que la escriban amores. No señor, no. Yo creo que se le debe entregar la carta cerrada como está, y sin dilacion alguna, para que vea el alto desprecio que hago de él, que pierda toda esperanza, y no vuelva nunca á intentar locura semejante.

D. GREGORIO.

Tiene muchísima razon. (*Se aparta hácia un lado, y vuelve despues á hablarla muy satisfecho. Mete la carta dentro de la caja, la envuelve curiosamente y se la guarda.*) Rosita, tu prudencia y tu virtud me maravilla. Veo que mis lecciones han producido en tu alma inocente sazonados frutos, y cada vez te considero mas digna de ser mi esposa.

D.^a ROSA.

Pero si V. tiene gusto de leerla...

D. GREGORIO.

No, nada de eso.

D.^a ROSA.

Leala V. si quiere, como no la oiga yo.

D. GREGORIO.

No, no señor. Si estoy muy persuadido de lo que me has dicho. Conviene llevarla así. Voy allá en un instante... Me llegaré despues aquí á la botica á encargar aquel unguentillo para los callos... Volveré á hacerle compañía, y leerémos un par de horas en *Desiderio* y *Electo*... Eh? A Dios.

D.^a ROSA.

Venga V. pronto.

(*Se entra doña Rosa en su casa.*)

ESCENA V.

DON GREGORIO, COSME.

D. GREGORIO.

El corazon me rebosa de alegría al ver una muchacha de esta indole. Es un tesoro el que yo tengo en ella de modestia y de juicio. Ah! Quisiera yo saber si la pupila de mi docto hermano seria capaz de proceder así. No señor, las mugeres son lo que se quiere que sean. (*Va á casa de don Enrique y llama. Al salir Cosme, desenvuelve el papel, le enseña la carta cerrada, se lo pone todo en las manos, y se va por una calle.*) Deo gracias.

COSME.

¿Quien es? ¡Oh señor don...

D. GREGORIO.

Tome V., dígame V. á su amo que no vuelva á escribir mas cartas á aquella Rosita, ni á enviarla cajitas de oro, porque está muy enfadada con él... Mire V., cerrada viene... dígame V. que por ahí podrá conocer el

buen recibo que ha tenido, y lo que puede esperar en adelante.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué es eso? ¿Qué te ha dado ese bárbaro?

COSME.

Esta caja con esta carta, que dice que V. ha enviado á doña Rosita...

(*Don Enrique le oye con admiracion, abre la carta y la lee cuando lo indica el diálogo.*)

D. ENRIQUE.

Yo?..

COSME.

La cual doña Rosita se ha irritado tanto, segun él asegura, de este atrevimiento, que se la vuelve á V. sin haberla querido abrir... Lea V. pronto, y verémos si mi sospecha se verifica.

D. ENRIQUE.

«Esta carta le sorprenderá á V. sin duda. El designio de escribírsela, y el modo con que la pongo en sus manos, parecerán demasiado atrevidos; pero el estado en que me veo no me da lugar á otras atenciones. La idea de que dentro de seis dias he de casarme con el hombre que mas aborrezco, me determina á todo; y no queriendo abandonarme á la desesperacion, elijo el partido de implorar de V. el favor que necesito para romper estas cadenas. Pero no crea V. que la inclinacion que le manifiesto sea únicamente procedida de mi suerte infeliz; nace de mi propio albedrío. Las prendas estimables que veo en V., las noticias que he procurado adquirir de su estado, de su conducta y de su calidad, aceleran y disculpan esta determinacion... En V. consiste que

yo pueda cuanto antes llamarme suya; pues solo espero que me indique los designios de su amor, para que yo le haga saber lo que tengo resuelto. A Dios, y considere V. que el tiempo vuela, y que dos corazones enamorados con media palabra deben entenderse.»

COSME.

¿No le parece á V. que la astucia es de lo mas sutil que puede imaginarse? ¿Seria creible en una muchacha tan ingeniosa travesura de amor?

D. ENRIQUE.

¡Esta muger es adorable! Este rasgo de su talento y de su pasion acrecen la que yo la tengo (*Don Gregorio sale por una de las calles, y se detiene. Despues se acerca.*); y unido todo á la juventud, á las gracias y á la hermosura...

COSME.

Que viene el tuerto. Discurra V. lo que le ha de decir.

ESCENA VII.

DON GREGORIO, DON ENRIQUE, COSME.

D. GREGORIO.

Allí se están amo y criado como dos peleles... Con que dígame V., caballero, ¿volverá V. á enviar billetes amorosos á quien no se los quiere leer? V. pensaba encontrar una niña alegre, amiga de cuchicheos y citas, y quebraderos de cabeza. Pues ya ve V. el chasco que le ha sucedido.... Créame, señor vecino, déjese de gastar la pólvora en salvas. Ella me quiere, tiene muchísimo juicio, á V. no le puede ver ni pintado; con que lo mejor es una buena retirada y llamar á otra puerta, que por esta no se puede entrar.

D. ENRIQUE.

Es verdad, su mérito de V. es un obstáculo invencible. Ya echo de ver que era una locura aspirar al cariño de doña Rosita, teniéndole á V. por competidor.

D. GREGORIO.

Ya se ve que era una locura.

D. ENRIQUE.

Oh! yo le aseguro á V. que si hubiese llegado á presumir que V. era ya dueño de aquel corazón, nunca hubiera tenido la temeridad de disputársele.

D. GREGORIO.

Yo lo creo.

D. ENRIQUE.

Acabó mi esperanza, y renunció á una felicidad que estando V. de por medio, no es para mí.

D. GREGORIO.

En lo cual hace V. muy bien.

D. ENRIQUE.

Y aun es tal mi desdicha, que no me permite ni el triste consuelo de la queja; porque al considerar las prendas que le adornan á V., ¿como he de atreverme á culpar la elección de doña Rosa, que las conoce y las estima?

D. GREGORIO.

V. dice bien.

D. ENRIQUE.

No haya mas. Esta ventura no era para mí: desisto de un empeño tan imposible... Pero si algo merece con V. un amante infeliz (*Don Enrique dará particular espresion á estas razones y á las que dice mas adelante, deseoso de que don Gregorio las perciba bien, y acierte á repetir las*), de cuya aflicción es V. la causa, yo le suplico solamente que asegure en mi nombre á doña Rosita que el amor que de tres meses á esta parte la estoy mani-

festando es el mas puro, el mas honesto, y que nunca me ha pasado por la imaginacion idea ninguna de la cual su delicadeza y su pudor deban ofenderse.

D. GREGORIO.

Si, bien está, se lo diré.

D. ENRIQUE.

Que como era tan voluntaria esta elección en mí, no tenia otro intento que el de ser su esposo, ni hubiera abandonado esta solicitud si el cariño que á V. le tiene no me opusiera un obstáculo tan insuperable.

D. GREGORIO.

Bien, se lo diré lo mismo que V. me lo dice.

D. ENRIQUE.

Si, pero que no piense que yo pueda olvidarme jamás de su hermosura. Mi destino es amarla mientras me dure la vida, y si no fuese el justo respeto que me inspira su mérito de V., no habria en el mundo ninguna otra consideracion que fuese bastante á detenerme.

D. GREGORIO.

V. habla y procede en eso como hombre de buena razon... Voy al instante á decirla cuanto V. me encarga... (*Hace que se va y vuelve.*) Pero créame V., don Enrique, es menester distraerse, alegrarse y procurar que esa pasión se apague y se olvide. ¿Qué diantre! V. es mozo y sujeto de circunstancias: con que es menester que... Vaya, vamos, ¿para qué es el talento?... Con que... Eh! A Dios.

(*Se aparta de ellos encaminándose á su casa. Don Enrique y Cosme se van, y entran en la suya.*)

D. ENRIQUE.

¿Que necio es!

ESCENA VIII.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

(*Llama don Gregorio á su puerta y sale doña Rosa.*)

D. GREGORIO.

Es increíble la turbacion que ha manifestado el hombre al ver su billete devuelto y cerrado como él le envió... Asunto concluido. Pierde toda esperanza, y solo me ha rogado con el mayor encarecimiento que te diga que su amor es honestísimo, que no pensó que te ofendieras de verte amada, que su elección es libre, que aspiraba á poseerte por medio del matrimonio; pero que sabiendo ya el amor que me tienes, seria un temerario en seguir adelante... ¿Qué sé yo cuanto me dijo?... Que nunca te olvidará, que su destino le obliga á morir amándote... Vamos, hipérbolos de un hombre apasionado... Pero que reconoce mi mérito y cede, y no volverá á darnos la menor molestia... No, es cierto que él me ha hablado con mucha cortesía y mucho juicio, eso sí... Compasion me daba el oírle.... Con que y tú ¿qué dices á esto?

D^a. ROSA.

Que no puedo sufrir que V. hable de esa manera de un hombre á quien aborrezco de todo corazón, y que si V. me quisiera tanto como dice, participaria del enojo que me causan sus procederés atrevidos.

D. GREGORIO.

Pero él, Rosita, no sabia que tú estuvieras tan apasionada de mí, y considerando las honestas intenciones de su amor, no merece que se le...

D^a. ROSA.

¿Y le parece á V. honesta intencion la de querer robar á las doncellas? ¿Es hombre de honor el que concibe tal proyecto, y aspira á casarse con-

migo por fuerza sacándome de su casa de V., como si fuera posible que yo sobreviviese á un atentado semejante?

D. GREGORIO.

Oiga! Con que...

D^a. ROSA.

Si señor, ese picaro trata de obtenerme por medio de un rapto.... Yo no sé quien le da noticia de los secretos de esta casa, ni quien le ha dicho que V. pensaba casarse conmigo dentro de seis ú ocho dias á mas tardar; lo cierto es que el quiere anticiparse, aprovechar una ocasion en que sepa que me he quedado sola, y robar-me... ¡Tiemblo de horror!

D. GREGORIO.

Vamos, que todo eso no es mas que hablar y...

D^a. ROSA.

Si, como hay tanto que fiar de su honradez y su moderacion... ¡Válgame Dios! ¿Y V. le disculpa?

D. GREGORIO.

No por cierto; si él ha dicho eso realmente, procede mal, y el chasco seria muy pesado... Pero ¿quien te ha venido á contar á ti esas...

D^a. ROSA.

Ahora mismo acabo de saberlo.

D. GREGORIO.

Ahora?

D^a. ROSA.

Si señor, despues que V. le volvió la carta.

D. GREGORIO.

Pero, chica, si no hice mas que llegarme ahí á casa de don Froilan el boticario, hablé dos palabras con el mancebo, me volví al instante, y...

D^a. ROSA.

Pues en ese tiempo ha sido. Luego que cerré me puse á dar unas sopas á los gatitos, oigo llamar, y creyendo que fuese V., bajé tan alegre... Mi

fortuna estuvo en que no abrí. Pregunto quien es, y por la cerradura oigo una voz desconocida que me dijo: «Señorita, mi amo sabe que vive V. cautiva en poder de ese bruto que se quiere casar con V. en esta semana próxima. No tiene V. que desconsolarse; don Enrique la adora á V., y es imposible que V. desprecie un amor tan fino como el suyo. Viva V. prevenida, que de un instante á otro cuando su tutor la deje sola, vendrá á sacarla de esta cárcel, la depositará á V. en una casa de satisfaccion, y...» Yo no quise oír mas, me subí muy quedito por la escalera arriba, me metí en mi cuarto... Yo pensé que me daba algun accidente.

D. GREGORIO.

Ese era el bribon del lacayo.

D^a. ROSA.

A la cuenta.

D. GREGORIO.

Pero se ve que este hombre es loco.

D^a. ROSA.

No tanto como á V. le parece. Mire V. si sabe disimular el traidor, y fingir delante de V. para engañarle con buenas palabras, mientras en su interior está meditando picardías.... Harto desdichada soy por cierto, si á pesar del conato que pongo en conservar mi decoro y honestidad, he de verme espuesta á las tropelias de un hombre capaz de atreverse á las acciones mas infames.

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, no temas nada, que...

D^a. ROSA.

No: esto pide una buena resolucion. Es menester que V. le hable con mucha firmeza, que le confunda, que le haga temblar. No hay otro medio de librarme de él, ni de obligarle á

que desista de una persecucion tan obstinada.

D. GREGORIO.

Bien, pero no te desconsueles así, mugercita mia; no, que yo le buscaré y le diré cuatro cosas bien dichas.

D^a. ROSA.

Dígale V., si se empeña en negarlo, que yo he sido la que le he dado á V. esta noticia. Que son vanos sus propósitos. Que por mas que lo intento no me sorprenderá; y en fin, que no pierda el tiempo en suspiros inútiles, puesto que por su conducto de V. le hago saber mi determinacion, y que si no quiere ser causa de alguna desgracia irremediable, no espere á que se le diga una cosa dos veces.

D. GREGORIO.

Oh! sí... Yo le diré cuanto sea necesario.

D^a. ROSA.

Pero de manera que comprenda bien que soy yo la que se lo dice.

D. GREGORIO.

No, no le quedará duda; yo te lo aseguro.

D^a. ROSA.

Pues bien. Mire V. que le aguardo con impaciencia; despáchese V. á venir. Cuando no le veo á V., aunque sea por muy poco tiempo, me pongo triste.

D. GREGORIO.

Sí, éntrate, que al instante vuelvo, palomita, vida mia, ojillos negros... Ay! ¡Que ojos!... Eh! A Dios... (Doña Rosa se entra en su casa y cierra.) En el mundo no hay hombre mas venturoso que yo; no puede haberle... (Da una vuelta por la escena lleno de inquietud y alegría; despues llama á la puerta de don Enrique.) Digo,

señor caballero galanteador, ¿podrá V. oirme dos palabras?

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

D. ENRIQUE.

Oh! señor vecino, ¿que novedad le trae á V. á mis puertas?

D. GREGORIO.

Sus extravagancias de V.

D. ENRIQUE.

¿Como así?

D. GREGORIO.

Bien sabe V. lo que quiero decirle; no se me haga el desentendido como lo tiene de costumbre... Yo pensé que V. fuese persona de mas formalidad, y en este concepto le he tratado, ya lo ha visto V., con la mayor atencion y blandura; pero, hombre, ¿como ha de sufrir uno lo que V. hace sin saltar de cólera? ¿No tiene V. vergüenza, siendo un sugeto decente y de obligaciones, de ocuparse en fabricar enredos, de querer sacar de su casa con engaño y violencia á una muger honrada, de querer impedir un matrimonio en que ella cifra todas sus dichas? Eh! que eso es indigno;

D. ENRIQUE.

¿Y quien le ha dado á V. noticias tan ajenas de verdad, señor don Gregorio?

D. GREGORIO.

Volvemos otra vez á la misma cancion. Rosita me las ha dado. Ella me envia por última vez á decirle á V. que su eleccion es irrevocable, que sus planes de V. la ofenden, la horrorizan, que si no quiere V. dar ocasion á alguna desgracia, reconozca su desatino, y salgamos de tanto embrollo.

(Empieza á oscurecerse lentamente el teatro, y al acabarse el acto queda á media luz.)

D. ENRIQUE.

Cierto que si ella misma hubiese dicho esas espresiones, no seria cordura insistir en un obsequio tan mal pagado; pero...

D. GREGORIO.

¿Con que V. duda que sea verdad?

D. ENRIQUE.

¿Qué quiere V., señor don Gregorio? Es tan duro esto de persuadirse uno á que...

D. GREGORIO.

Venga V. conmigo.

(Hasta el fin de la escena va y viene don Gregorio unas veces hácia su puerta, y otras adonde está don Enrique, para que le siga.)

D. ENRIQUE.

Porque al fin, como V. tiene tanto interés en que yo me desespere y...

D. GREGORIO.

Venga V., venga V.... Rosa!

D. ENRIQUE.

No es decir esto que V....

D. GREGORIO.

Nada. No hay que disputar. Si quiero que V. se desengañe... Rosita! Niña!

D. ENRIQUE.

¿Pensar que una dama ha de responder con tal aspereza á quien no ha cometido otro delito que adorarla!...

D. GREGORIO.

V. lo verá. Ya sale.

ESCENA X.

D^a. ROSA, D. ENRIQUE, D. GREGORIO, COSME.

D^a. ROSA.

¿Qué es esto?.. (Sorprendida al ver á don Enrique.) ¿Viene V. á interceder por él, á recomendarme para que sufra sus visitas, para que cor-

responda agrádecida á su insolente amor?

D. GREGORIO.

No, hija mia. Te quiero yo mucho para hacer tales recomendaciones; pero este santo varon toma á juguete cuanto yo le digo, y piensa que le engaño cuando le aseguro que tú no le puedes ver, y que á mí me quieres que me adoras. No hay forma de persuadirle. Con que te le traigo aquí para que tú misma se lo digas, ya que es tan presumido ó tan cabezudo que no quiere entenderlo.

D^a. ROSA.

¿Pues no le he manifestado á V. ya cual es mi deseo, que todavía se atreve á dudar? ¿De que manera debo decirselo?

D. ENRIQUE.

Bastante ha sido para sorprenderme, señorita, cuanto el vecino me ha dicho de parte de V., y no puedo negar la dificultad que he tenido en creerlo. Un fallo tan inesperado que decide la suerte de mi amor, es para mí de tal consecuencia, que no debe maravillar á nadie el deseo que tengo de que V. le pronuncie delante de mí.

D^a. ROSA.

Cuanto el señor le ha dicho á V. ha sido por instancias mias, y no ha hecho en esto otra cosa que manifestarle á V. los intimos afectos de mi corazon.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

D^a. ROSA.

Mi eleccion es tan honrada, tan justa, que no hallo motivo alguno que pueda obligarme á disimularla. De dos personas que miro presentes, la una es el objeto de todo mi cariño, la otra me inspira una repugnancia que no puedo vencer. Pero...

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.?

D^a. ROSA.

Pero es tiempo ya de que se acaben las inquietudes que padezco. Es tiempo ya de que unida en matrimonio con el que es el único dueño de la vida mia, pierda el que aborrezco sus mal fundadas esperanzas, y sin dar lugar á nuevas dilaciones, me vea yo libre de un suplicio mas insoportable que la misma muerte.

D. GREGORIO.

¿Lo ve V.? .. Si, monita, sí: yo cuidaré de cumplir tus deseos.

D^a. ROSA.

No hay otro medio de que yo viva contenta.

(*Manifiesta en la expresion de sus palabras que las dirige á don Enrique, y en sus acciones que habla con don Gregorio.*)

D. GREGORIO.

Dentro de muy poco lo estarás.

D^a. ROSA.

Bien advierto que no pertenece á mi estado el hablar con tanta libertad....

D. GREGORIO.

No hay mal en eso.

D^a. ROSA.

Pero en mi situacion bien puede disimularse que use de alguna franqueza con el que ya considero como esposo mio.

D. GREGORIO.

Sí, pobrecita mia.... Sí, morenilla de mi alma.

D^a. ROSA.

Y que le pida encarecidamente, si no desprecia un amor tan fino, que acelere las diligencias de nuestra union.

D. GREGORIO.

Ven aquí, perлита (*Abraza á doña Rosa; ella estiende la mano izquierda,*

y don Enrique, que está detrás de don Gregorio, se la besa afectuosamente, y se retira al instante.); consuelo mio, ven aquí, que yo te prometo no dilatar tu dicha.... Vamos, no te me angusties: calla, que... Amigo (*Volviéndose muy satisfecho á hablar á don Enrique.*), ya lo ve V. Me quiere, ¿qué le hemos de hacer?

D. ENRIQUE.

Bien está, señora; V. se ha explicado bastante, y yo la juro por quien soy, que dentro de poco se verá libre de un hombre que no ha tenido la fortuna de agradarla.

D^a. ROSA.

No puede V. hacerme favor mas grande, porque su vista es intolerable para mí. Tal es el horror, el tedio que me causa, que...

D. GREGORIO.

Vaya, vamos, que eso es ya demasiado.

D^a. ROSA.

¿Le ofendo á V. en decir esto?

D. GREGORIO.

No por cierto... ¡Válgame Dios! No es eso, sino que tambien da lástima verle sopetear de esa manera.... Una aversion tan escesiva...

D^a. ROSA.

Por mucha que le manifeste, mayor se la tengo.

D. ENRIQUE.

V. quedará servida, señora doña Rosa. Dentro de dos ó tres dias, á mas tardar, desaparecerá de sus ojos de V. una persona que tanto la ofende.

D^a. ROSA.

Vaya V. con Dios, y cumpla su palabra.

D. GREGORIO.

Señor vecino, yo lo siento de veras, y no quisiera haberle dado á V. este mal rato; pero...

D. ENRIQUE.

No, no crea V. que yo lleve el menor resentimiento; al contrario, conozco que la señorita procede con mucha prudencia, atendido el mérito de entrambos. A mí me toca solo callar, y cumplir cuanto antes me sea posible lo que acabo de prometerla. Señor don Gregorio, me repito á la disposicion de V.

D. GREGORIO.

Vaya V. con Dios.

D. ENRIQUE.

Vamos pronto de aquí, Cosme, que revienta de risa.

(*Retirándose hácia su casa: entran en ella los dos, y se cierra la puerta.*)

ESCENA XI.

DON GREGORIO, DOÑA ROSA.

D. GREGORIO.

De veras te digo que este hombre me da compasion.

D^a. ROSA.

Ande V., que no merece tanta como V. piensa.

D. GREGORIO.

Por lo demás, hija mia, es mucho lo que me lisonjea tu amor, y quiero darle toda la recompensa que merece. Seis ú ocho dias son demasiado término para tu impaciencia. Mañana mismo quedaremos casados, y...

D^a. ROSA, turbada.

Mañana?

D. GREGORIO.

Sin falta ninguna. Ya veo á lo que te obliga el pudor, pobrecilla; y haces como que repugnas lo que estás deseando. ¿Te parece que no lo conozco?

D^a. ROSA.

Pero...

D. GREGORIO.

Sí, amiguíta, mañana serás mi mu-